

brados por la fe, que todo lo ilumina. Para que nada falte en este escrito, también hay allí la exuberancia de estilo, la pompa de locuciones, y hasta la incorrección de lenguaje, que no lograron del todo corregir los esfuerzos constantes y hasta penosos que hizo para conseguirlo en los últimos años de su vida.

Si se considera que este escrito, de estas condiciones, fué elaborado pocos meses antes de que su autor muriese, con harta razón pueden aplicársele palabras dichas por él mismo en la primera obra que dió á luz pública: el cristiano, el filósofo, el poeta, que vivían en Donoso librándose un perpetuo combate mientras hizo á su sola razón juez único del campo, cuando llamados por Dios á reconciliarse entre sí hicieron paces ante las aras de la Iglesia católica, todo en ellos empezó á ser armonía: y cuando se acercó la hora de soltarse sus vínculos terrenos, aquella alma grande «desplegó toda „su energía, como el cisne, que no desata sino sobre su sepulcro „todo el raudal de su canto, ó como la lámpara, que brilla más en „el momento en que se extingue„».

La actividad de su vida había sido devoradora: atleta vigoroso, había luchado consigo mismo, mucho más que con el mundo: centuplicada su fuerza con el ejercicio, amaestrada con la experiencia, estimulada por la esperanza del triunfo, había, en fin, logrado la mayor victoria. Pero no impunemente se sostiene ese largo y fatigoso combate: ó el vigor decrece paulatinamente con el reposo, si la naturaleza es flaca; ó si la naturaleza es fuerte, como era la de Donoso, estalla súbitamente y se extingue como herida por el rayo. Para que todo fuera lógico en su vida física, como en su vida moral, murió de una enfermedad del corazón; tan súbita que apenas tuvo tiempo de verla llegar, y tan violenta que en un mes le quitó la vida. Atacado por ella en los primeros días de Abril de 1853, sólo entonces empezó á temer como cercano el término de sus días, si bien la tristeza profundísima que á deshora había embargado su ánimo desde algunos meses antes, hacen sospechar si tuvo algún vago presentimiento. Su palabra, de ordinario fatídica y vibrante, era, en estos últimos tiempos, dulce y melancólica; todas sus cartas de esta fecha respiran una tristeza, y como un cansancio de la vida, que eran sin duda ya síntomas precursores de su cercana muerte. Parece seguro, cuando menos, que estaba ya resuelto á dejar el mundo para consagrarse únicamente y para siempre á Dios. Sin embargo de que la regia munificencia acababa de honrarle con dos altas mercedes, dándole la gran cruz de Carlos III y nombrándole senador del Reino, fueron muy reiteradas sus instancias al Gobier-

no para que le relevase del elevado cargo que en París desempeñaba, y que sin procurar goce alguno á la vanidad, le estorbaba para ejercer su caridad, tan ardiente como activa, y para entregarse de lleno á la práctica de su devoción sincera y no menos ardiente. La historia de su caridad la saben los pobres: <sup>1</sup> contar sus pormenores, sería profanarla: Dios también la sabía, pues que le otorgaba

1 "No había cosa alguna, por grave que fuera—dice el Sr. Veuillot en su introducción á las obras de Donoso (edición francesa),—que él no dejara para volar en auxilio de la desgracia, ni sacrificio que no estuviera dispuesto á hacer en favor de quienquiera que la sufría, ora fuese amigo, ora extraño. Todas las semanas visitaba á los pobres, y á menudo muchas veces. Entre Sor Rosalía y él mediaba un pacto con que habían concertado ayudarse mutuamente en el ejercicio de sus buenas obras. Esta hija de la Caridad le conducía á la morada de los pobres, y él por su parte hacía para con ella el oficio de Embajador cerca de los ricos y poderosos del mundo. Las Hermanitas de los pobres tenían en él su más fiel y generoso protector.

„Yo mismo puedo dar testimonio de la facilidad con que se abrían sus manos generosas; pues como le pidiese cierto día algún socorro para una familia reducida á la última miseria,—Tomad—me dijo, dando una rica limosna,—y llevadle con que se sustenten y cubran sus carnes; el mes que viene os daré alguna cosa más, pues hoy ya no me queda nada.—Mientras así hablaba se estaba vistiendo, y yo tuve ocasión de ver que tenía rota su camisa, y se lo dije; pero él me contestó "que no tenía ninguna otra mejor„. Á otra pobre que yo conocía le había señalado una pensión anual, y los primeros días del mes me enviaba religiosamente lo que había prometido darle. El día antes de su muerte se acordó de enviarle esta limosna.

„Todo en él exhalaba el perfume de un alma verdaderamente cristiana. Su alegría y su tristeza eran no menos ingenuas que suaves. Su palabra pronta, inflamada, sincera, era lo más inofensiva que se puede imaginar, y causaba verdadero encanto ver tanta inocencia en tan maravilloso ingenio. Podíasele dejar sin temor en medio de un auditorio ante el cual se hubiera agitado contra él aun la más acalorada discusión. En ausencia de los que le contradecían, no se olvidaba de los respetos que guardaba siempre estando ellos presentes, y perdonaba á los que no sabían guardar la misma regla.

„En medio de tantas virtudes, la humildad era la que, si esto era posible, había echado más hondas raíces en su alma. Como sus talentos habían llegado á punto de estar maduros en la época misma de su conversión, acontecióle entrar á la par y el mismo día en los caminos de la penitencia cristiana y en el de los grandes honores políticos. Dichosamente, ni el cristiano ni el hombre de Estado tuvieron nada que sentir. La fidelidad de Donoso como Ministro, fué tanto mayor cuanto á más alto grado de fervor llegó el fervor de su piedad. Despreciaba la pompa de su destino, reteniendo únicamente la dignidad aneja á él. Como Embajador, se había conducido con toda la gravedad que es ley en su país; pero no le impedía ese cargo tener á un niño en los brazos junto á la pila bautismal, asistiendo con él, como madrina, una pobre doncella de la clase más humilde, aunque elevada á la dignidad de hermana de los pobres, ni estar entre ellos de rodillas en la pobrísima capilla de la calle de Saint-Jaques, ni subir á las guardillas de la calle de Mouffetard. Ni el éxito feliz de sus afanes, ni el honor de su persona y dignidad, y lo que todavía es digno de más loa, ni aun sus mismas virtudes, hicieron que se olvidarse del tributo que tenía que pagar á la miseria„.—(Nota de la presente edición.)

tantos consuelos. La Historia de sus ejercicios devotos es demasiado bella para entregarla al escarnio de las gentes mundanas: sábenla los sacerdotes y personas piadosas, con quienes incesantemente conversaba: sábenla los que le asistían de cerca y los que presenciaban toda su vida; dícenla los testimonios secretos que su muerte ha hecho manifiestos para su familia y sus amigos<sup>1</sup>: pregónanla, en fin, sus escritos y sus obras; y confírmala, más que todo esto, la historia de su muerte.

Para contar esta última historia, no tiene el que escribe la fuerza propia ni la calma necesaria; necesita dejar hablar á otros, y escoge á los que la cuentan mejor, porque habiendo amado mucho á Donoso, le vieron morir, y saben el precio incalculable que como enseñanza y como ejemplo tiene la muerte de un cristiano. M. De Boisle-Conte decía á una ilustre señora en carta que ya ha sido publicada:

„Inútil creo decir, sobre todo, á vos, señora, que tan bien sabiais comprenderle y apreciarle, la disposición de ánimo en que ha

1 „La piedad de Donoso Cortés—añade Veuillot—no cesó un punto de aumentarse y echar raíces cada vez más hondas hasta el último día de su vida. Discurría acerca de su fe como un hombre de genio; la practicaba como un niño, sin solemnidad, sin miramiento alguno humano, sin vacilar ni aun en la apariencia en cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia, sin sombra alguna de desconfianza de las divinas promesas. En esto no había diferencia entre Donoso y el más humilde y fervoroso aldeano de España. Habiendo sabido que en Argenteuil se conservaba un vestido de nuestro Señor, quiso ir allá en peregrinación para alcanzar de la misericordia de Jesús la salud de uno de sus hermanos, que estaba malo. Esto fué á fines de otoño de 1851; llovía á cántaros; pero él fué todo el camino á pie. Yo tuve la dicha de ir con él. Como le dijera que nunca imaginé que un español sufriese tanto tiempo irse mojando, respondiome sonriéndose graciosamente „que todavía había menester de otra lluvia para lavarse de sus pecados.“

„Después de la peregrinación visitamos á M. Río, el autor del hermoso libro sobre *El arte cristiano*, que estaba á la sazón en Argenteuil. Con él había otras personas de talento. La conversación recayó al fin sobre la elocuencia. Donoso tomó entonces la palabra y habló, como un ángel, de la vanidad de los oradores. Recordó que Moisés fué tartamudo, y el débil Aarón fué elocuente.—Ved, pues—decía,—en dónde pone Dios á los oradores, y de qué papel les encarga.—Por supuesto, hablaba en esto como quien juega con el ingenio. No despreciaba el talento, pero hacía poco caso de él, y temía á la vanidad de que tienta al corazón.—Aquel solo sabe—decía,—que cree; y aquel solamente es grande que se humilla.

„Esta fe perfecta se manifestó del modo más conmovedor y edificante durante su dolorosa enfermedad, que fué un mal de corazón, instantáneo y terrible, que le sobrevino cuando gozaba de la plenitud de sus fuerzas, llevándose en pocos días. Hablaba, oraba y sufría como verdadero cristiano.

„Sor Bon-Secours, que velaba á su lado, admiróse de su valor hasta el

„muerto Donoso Cortés.“—Ocho días antes de su muerte, conversando con el Sr. R...—“Estoy tranquilo—le decía,—porque me veo en brazos de quien me veo.—Y le mostraba su Crucifijo. „Había comulgado tres veces durante su enfermedad: ayer (el 3 de Mayo) á eso de las tres de la tarde, habiendo sufrido una congoja que le hizo padecer mucho, dijo:—Llegó el momento: que avisen á la parroquia.—Mientras se cumplía su deseo, se puso á encomendarse á Dios, á la santísima Virgen y á los santos de su devoción con un fervor, una fe, una serenidad, que conmovió profundamente á la Hermana de Caridad que le asistía y que ha visto morir á tantas otras personas. Cuando llegó el párroco, estuvo con él á solas unos minutos, y haciendo en seguida que entrase todo el mundo, recibió el santo óleo, respondiendo en latín y con acento seguro á todos los versículos de los Salmos. Los señores Hubner, de Hatzfeld, de Brignole y Mad. Thaer, que le han visto en sus últimos momentos, salieron de su cuarto verdaderamente maravillados. Algunos días antes había dicho á la Herma-

punto de considerarlo como ejemplar, no teniendo, por tanto, que excitarlo.—Sus palabras—decía la Hermana—son flechas en el corazón.—Confesó y comulgó muchas veces. Fué su confesor Mr. Auzoure, cura de San Felipe de Roul, quien después de cantar la Misa de los funerales de Donoso no pudo contener las lágrimas, desfalleciendo su voz entre el altar del Dios justiciero y el ataúd del amigo. A aquel digno sacerdote no se ocultaba, como á ninguno de nosotros, lo que perdían con aquella muerte la Iglesia y la sociedad; y mejor que nosotros sabía lo que perdían, por su parte, los pobres. Al peso de este doble luto desmayó su corazón, aunque no su esperanza „

„De todos los consuelos que puede dejar la muerte de un hombre, ninguno ha faltado á los amigos de Donoso Cortés, ninguno, salvo el de recibir su último suspiro. Supo que se iba á morir, y aceptó la muerte; murió haciendo oración, recomendando su alma al ángel de su guarda, á su santo Patrono, al Dios clemente á quien él había amado y servido, proponiéndose siempre servirle cada vez más. No imaginándose que iba pronto á dejar esta vida, pensó dejar el mundo, no ya para ir á meditar en algún lugar solitario, sino para entrar en una Orden religiosa. Todo lo tenía ya dispuesto, y su elección se había fijado en la Compañía de Jesús.

„El día 3 de Mayo de 1853, en que iba á cumplir cuarenta y cuatro años de edad, fué el último de su vida, y el último acto que salió de su boca fué un acto de fe. Había prometido á Sor Bon-Secours que, si llegaba á morir, rogaría por ella. Viéndole, pues, esta Hermana casi en el momento de expirar, le dijo:—Pues vais á comparecer en la presencia de Dios, acordaos de mí.—A lo que respondió él con voz limpia y clara diciendo:—Os lo prometo.—Y casi en el mismo instante expiró. Al tomar su alma el vuelo que tomó, dejóle en el semblante un como reflejo de su hermosura celestial. Ni una huella siquiera de dolor en aquella apacible fisonomía. Suya era la serenidad del atleta, que descansa después de la victoria apenas fatigado por el esfuerzo del combate. Había mirado á la muerte cara á cara, con valor y dulzura á la par, como á un enemigo á quien tenía que vencer, y la había vencido. Ahora dormirá esperando el día de la resurrección.“—(Nota de la presente edición.)

„na que le asistía:—Si Dios me concede vida, procuraré demostrar  
„á Ud., mejor que ahora lo hago por palabras, cuánto le agradezco  
„su solícita asistencia... Si muero, espero en Dios que aún seré á  
„usted mucho más útil.—Cuando la Hermana vió que se le acababa  
„la vida, se arrodilló á su cabecera, y le dijo:—Acordaos de mí.—  
„Hizo un signo afirmativo con la cabeza, y volvió á sus oraciones,  
„que minutos después interrumpió la muerte...”

La gratitud como español, y la confraternidad como cristiano, mandan recordar aquí el tierno y elocuente panegírico que consagró á Donoso uno de sus más ilustres y afectuosos amigos, monsieur Louis Veuillot, director del *Univers*. La misma gratitud y la misma confraternidad mandan mencionar el bello tributo de su talento y de su corazón que á nuestro llorado amigo rindió el Sr. Conde de Montalembert en el artículo ya conocido por el público español, y del cual tomamos, para terminar nuestra tarea, los párrafos siguientes <sup>1</sup>:

“Lo que más me admira—nos decía la Hermana que recibió su  
„último suspiro, lo que yo no he visto en nadie sino en él, es que  
„jamás hablaba mal de nadie. Amando así á sus semejantes, ¿cómo  
„debería amar á su Dios? La misma Hermana decía:—Jamás pasa  
„cinco minutos sin pensar en Dios; y cuando habla, sus palabras  
„penetran en el corazón como flechas.

„Al anunciarle que el Emperador enviaba un ayudante de cam-  
„po para demostrarle su afectuoso interés, dió gracias con un mo-  
„vimiento de cabeza; y volviendo su mirada dulce y profunda hacia  
„la imagen de Jesucristo llevando la Cruz, que pendía de la cabe-  
„cera de la cama:—Que éste—dijo—se interese por mí, es lo que  
„me importa.

„La sincera y perfecta humildad de que estaba poseído se reve-  
„laba á cada instante y se confundía en todo su ser con la más cris-  
„tiana paciencia. Un día, el piadoso y sabio médico que luchaba en  
„vano contra el mal, gradualmente vencedor, decía á la Herma-  
„na:—¡Cuidáis de un enfermo como no suele haberlos: es un ver-  
„dadero santo!

<sup>1</sup> El artículo á que se refiere el autor de esta noticia biográfica, es el juicio crítico biográfico que escribió el Sr. Conde de Montalembert acerca de Donoso Cortés, y que publicó *La Cruz* (año 1853, tomo II, pág. 512), á cuyo respetable director hubo de remitirlo con este intento su esclarecido autor. Algunos fragmentos de aquel escrito se vieron después reimpresos en el número de dicha Revista correspondiente al 19 de Junio de 1888, y son en parte los mismos que tomó para su biografía nuestro Tejado. En ese escrito leemos que el Marqués de Valdegamas distribuía en Madrid, donde no tenía representación oficial, las cinco sextas partes de su renta.—(Nota de la presente edición.)

„Donoso que lo oyó, exclamó, incorporándose en la cama, con  
„una vehemencia inusitada:—M. Cruveilhier, con tales ideas me  
„quedaré en el purgatorio hasta el fin del mundo. Os digo que no  
„soy un santo, sino el más débil de los hombres. Cuando estoy  
„rodeado de gente constante en la virtud, se me juzga bien; pero si  
„viviese con gente depravada, no sé qué sería de mí.—Después,  
„volviéndose con una mirada ardiente y una expresión indecible  
„hacia su crucifijo:—¡Vos sabéis bien, Dios mío, que no soy un  
„santo!

„La lucha dolorosa y admirable tocaba á su término. A la ex-  
„traordinaria y seductora vivacidad de todo su ser, había sucedido,  
„no el abatimiento de la enfermedad, sino la calma del cristiano,  
„seguro de su rumbo y de su Dios. Esta calma fué, hasta el fin, el  
„distintivo de su figura y de sus palabras. No la interrumpía más  
„que para dar rienda á su devoción. Mezclaba á sus oraciones en  
„francés y en latín estas expresivas exclamaciones de la piedad es-  
„pañola:—*¡Jesús de mi alma! ¡Dios de mi corazón!*—He aquí sus  
„últimas palabras, las últimas al menos que se pudieron oír:—¡Dios  
„mío! Yo soy vuestra criatura; vos habéis dicho: “Yo atraeré todo  
„hacia mí.” Atraedme, recibidme.—Así murió la tarde del 3 de  
„Mayo de 1853, antes de haber cumplido los cuarenta y cuatro años  
„de edad.

„Todos recuerdan la consternación que esta fúnebre nueva es-  
„parció en París, y que en breve se propagó á los extremos del  
„mundo católico. Y no fueron sólo los católicos los que se sintieron  
„heridos por el dolor. Había sabido conquistarse en todas partes  
„amigos: atraía involuntariamente hacia sí á los que parecían más  
„naturalmente lejanos de él: cautivaba á los mismos á quienes no  
„trataba de convencer. Fué llorado por ojos no acostumbrados á  
„las lágrimas...

„Sus exequias ofrecieron un espectáculo edificante y curioso,  
„más edificante que las que contemplamos de ordinario; y curioso,  
„porque en él se reflejaba una viva imagen de la acción ejercida  
„por este extranjero, amado por todas las clases de nuestra socie-  
„dad. Allí se veía á los más ilustres servidores de las dos Monar-  
„quías vencidas y proscritas, marchando detrás de los grandes del  
„régimen actual. Dos mundos diversos y contrarios se reunían por  
„la primera vez en derredor de esta tumba que la Religión honraba  
„con su duelo, y que iluminaba con sus infalibles esperanzas.”

Es verdad: la prensa toda de París, y luego la de Francia, y luego la de Europa, tuvieron, para lamentar la muerte de Donoso,

un lenguaje desusado en ocasiones análogas, y que era mucho más de lo que la fraseología común en estos casos suele aplicar con ceremoniosa y helada monotonía á las personas de viso que mueren. Todavía son muchas las gentes piadosas, y algunas muy ilustres, que acuden á pedir á Dios el eterno descanso para Donoso, sobre la losa que cubrió temporalmente su cuerpo en la parroquia de Saint Philippe du Roule. Todavía el piadoso é ilustrado sacerdote que acompañó sus restos hasta Madrid mezcla, y mezclará mientras viva, en sus oraciones el nombre, para él tan querido, de aquel á quien vió ser providencia de los pobres y siervo de la Cruz. Más de una vez los Prelados del mundo católico le llaman como autoridad en auxilio de su apostolado, y mencionan solemnemente su muerte como ejemplo digno de eterna recordación. No pasa apenas día sin que algún publicista distinguido le cite como apoyo de sus propias opiniones, ó como auxilio de su propia autoridad. Su palabra, que tuvo siempre, mientras vivió, el raro privilegio de hallar refutaciones ó aplauso en las inteligencias activas, de remover y de sacudir á las perezosas, de ser entregada al comento de los unos á la admiración de los otros, á los sarcasmos de varios. á la indiferencia de ninguno, esa palabra va extendiéndose y reproduciéndose cada vez con mayor fuerza, como ecos repetidos de un acento que no muere.

Sus restos mortales, ahí están esperando que al fúnebre triunfo con que la piedad y el patriotismo los mandaron trasladar desde París á nuestra corte, se siga, por decoro de España y en cumplimiento del regio mandato, la erección de un túmulo que, siquiera pobre y sencillo, recuerde á las edades futuras el nombre español más celebrado en estos últimos tiempos por los sabios de Europa; y uno de los más caros á los católicos de todo el mundo que esperan en Dios se habrá dignado recibir en el seno de su gloria al que fué en la tierra tan elocuente testimonio de su misericordia y de su justicia <sup>1</sup>.

Madrid, 14 de Marzo de 1854.

*Gabino Tejado.*

<sup>1</sup> En el mencionado número de *La Cruz* se refiere que para poner por obra este pensamiento fué creada en 1853 una Junta, presidida por D. Francisco Martínez de la Rosa, de la que formaron parte el primer Marqués de Pidal, el Marqués del Duero, el General Ros de Olano y el Duque de Rivas. En la primera lista de suscripción que entonces se publicó figura ya con los nombres de los suscriptores, casi todos de la primera nobleza, la respetable suma de 115.000 reales, sin contar la cantidad con que determinarían contribuir SS. MM. y AA, que también se suscribieron. Desgraciadamente, aquel noble pensamiento quedó reducido á esto nada más.—(Nota de la presente edición.)

## APÉNDICE Á LA ANTERIOR NOTICIA BIOGRÁFICA

### I

**Relación que hizo "La Patrie", de París, de los honores fúnebres tributados el sábado 7 de Mayo de 1853 al Embajador de España en aquella corte, con asistencia del Gobierno y de todo el Cuerpo diplomático, vertida al español por el periódico de Madrid "La Ilustración", en su número de 14 del mismo mes y año.**

"Hoy sábado 7 de Mayo, á las doce del día, se han verificado en la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule las exequias del excelentísimo Sr. D. Juan Donoso Cortés y Canedo, Marqués de Valdegamas, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de su Majestad católica cerca de S. M. el Emperador de los franceses, gran Cruz de las Ordenes de Carlos III y de Isabel la Católica, y gran oficial de la Legión de Honor.

"A las doce, el cortejo fúnebre partió del palacio de la Embajada de España, en donde se había reunido.

"El Sr. Quiñones de León, Marqués de San Carlos, Encargado de Negocios de España desde el fallecimiento del Ministro, presidía el duelo con Mons. Garibaldi, Nuncio de Su Santidad en París.

"El carro, cubierto con paños con adornos de plata y rematado en un dosel de plumas negras, era arrastrado por seis caballos ricamente enjaezados y conducidos por criados á pie.

"M. Drouyn de Lhuys, Ministro de Negocios Extranjeros; Lord Cowley, Embajador de Inglaterra; el Sr. Conde de Lowenhielen, Ministro de Suecia y Noruega, y el Sr. Conde de Moltke, Ministro de Dinamarca, llevaban las cintas del féretro.

"Seguía todo el Cuerpo diplomático de gran uniforme, con la cabeza desnuda y el más profundo recogimiento: el excelentísimo Sr. Vely-Bajá, Embajador de Turquía, acompañado de M. Sefel,